SODALITIUM
Anno IX - Semestre II n. 3 - Ottobre - Novembre 1993 N. 35
Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 35, pág. 18.
Título original: *San Pío V, "Il Papa della S. Messa"*
Autor: *don. Ugolino Giungni*
Fecha: **octubre – noviembre 1993.** Traducido al español
Pág. web: www.sodalitium.it email: info@sodalitium.it

Hagiografía

SAN PÍO V, "EL PAPA DE LA SANTA MISA"

Primera parte: la santidad de un inquisidor dominico

por el P. Ugolino Giungni

San Pío V es sin duda un Papa muy querido por los "tradicionalistas" porque fue él quien promulgó esa Santa Misa que han defendido durante más de veinte años, y que ha pasado a la historia como la "Misa de San Pío V".

Este Papa fue un reformador, al igual que su gran predecesor **San Gregorio VII**, de quien ya hemos tenido ocasión de tratar, también en estas páginas. Sin miedo a cometer errores, se puede decir que un hilo conductor une a estos dos grandes pontífices del pasado. De hecho, no será inútil señalar que **San Pío V** es el primer Papa Santo después de San Gregorio VII [si se excluye a San Celestino V], y después de San Pío V está San Pío X, el Papa que condenó a los modernistas con la encíclica *"Pascendi"*.

Además, si San Gregorio VII excomulgó a Enrique IV de Alemania, y liberó a sus súbditos de la obligación de fidelidad a él; lo mismo hizo San Pío V con la reina Isabel (I) de Inglaterra, protestante y perseguidora de católicos. Si pudo hacerlo a mediados del siglo XVI, fue porque San Gregorio, antes que él, había mostrado a la Cristiandad que el Papa tenía el poder de deponer soberanos. Sin embargo, hay que reconocer que, dado que los tiempos habían cambiado (para peor) [Inglaterra era ahora un país completamente protestante...] así como la mentalidad del pueblo, los efectos de las dos excomuniones de facto (pero no de jure...) no fueron los mismos.

San Gregorio VII fue un reformador de la Iglesia desde dentro, combatiendo la simonía y el concubinato del clero, y fue sobre todo un firme defensor de su libertad, liberando a la Iglesia de la interferencia de los emperadores alemanes en la "lucha por las investiduras", cuyo episodio más importante tuvo lugar bajo los muros de Canossa [población famosa como el lugar donde Enrique IV del Sacro Imperio Romano germánico hizo penitencia en 1077 , para revocar la excomunión del Papa Gregorio VII].

San Pío V, por su parte, cinco siglos después, detuvo la infiltración protestante en Italia gracias a su labor inquisitorial, antes de convertirse en Papa.

> «Pero hay dos razones para su mayor gloria: la implementación de la reforma promovida por el Concilio de Trento y la victoria de las armas cristianas sobre la Media Luna en Lepanto.

Las decisiones de Trento habrían tenido poco o ningún efecto si los decretos reformistas no se hubieran implementado entonces con energía. Esta tarea inicialmente recayó en el (...) dominico Michele Ghislieri, quien adoptó el nombre de Pío V.» ([2])

¿Canossa como Lepanto?

Si en Canossa la victoria moral fue para San Gregorio VII, la victoria política fue para el emperador porque logró romper el cerco de sus adversarios y recuperar la corona solo gracias a la magnanimidad de San Gregorio, en quien el corazón sacerdotal prevaleció sobre el estadista ([3]). Pero la causa defendida por Hildebrando de Soana no murió con él en el exilio en Salerno, sino que "huyó hacia la victoria", triunfando bajo sus sucesores; y si, varios siglos después, Miguel Ghislieri convertido en Pío V, tuvo la autoridad moral para reunir en torno suyo al mundo cristiano para combatir el peligro musulmán, también fue gracias a la obra de San Gregorio VII.

San Pío V es sobre todo el "Papa de Lepanto" —como Gregorio VII fue el "Papa de Canossa"—, ya que gracias a él "el 7 de octubre de 1571 en las aguas de Lepanto la armada cristiana —contra todo pronóstico humano—, derrotó a la flota de la Media Luna. Fue él, con su tenacidad, quien concluyó una alianza de príncipes cristianos, fue él quien la confió a Nuestra Señora... De hecho, sabemos que mientras se libraban los combates en Lepanto, las hermandades del Rosario caminaban procesionalmente por las calles de Roma" ([4]).

Tras esta breve introducción, el lector entenderá así más fácilmente cuál es la razón que me impulsa a hablar, después de San Gregorio VII, de otro héroe de la Iglesia que, como él, fue el Vicario de Cristo: San Pío V. Él es conocido sobre todo por la codificación de la Santa Misa, pero poco se sabe (o ha pasado deliberadamente por alto en silencio...) de su obra como inquisidor y defensor del cristianismo frente a los herejes y a los infieles musulmanes. Por tanto, mi intención en este artículo es informar a los lectores sobre estos aspectos menos conocidos del "Papa de la Santa Misa".

Un poco de historia...

El siglo XVI fue quizás, en la historia de la Iglesia, uno de los más dolorosos, pero también el más glorioso; se sentía la necesidad de su reforma.

En Alemania Martín Lutero inició las hostilidades; no era una reforma la que estaba naciendo, sino una rebelión contra Roma y contra la Iglesia. Se dice que el pretexto fue la corrupción observada en Roma por Lutero, pero en realidad, como él mismo señaló, "si el Papa hubiese sido tan piadoso como San Pedro, sería igualmente impío a pesar de ello" (*Discursos cordiales*). Así que el motivo era otro: su apostasía y su orgullo, por los cuales pretendía reformar la doctrina de la Iglesia. De cisma a la herejía el trayecto fue corto, aunque al principio pensará que no iría tan lejos.

El movimiento de protesta contra Roma se estableció entonces en Suiza, en los cantones de habla alemana con Ulrich Zwingli (fallecido en 1531); en los cantones francófonos con Juan Calvino (fallecido en 1564). Inglaterra se separó de Roma en 1534 por una pasión de su rey Enrique VIII [quien anteriormente había ganado el apodo de "*defensor fidei*" gracias a un libro que había escrito para refutar el error de Lutero. *Qui existimat stare videat ne cadat...* [el que crea estar de pie, mire no caiga – nota del traductor, en adelante ndt] ([5]). No se trataba de simples cismas, ya que el cisma siempre contiene herejía en sí mismo, como dijo el obispo Guérard des Lauriers, fue más allá al socavar y cambiar el fundamento de la fe católica. Por tanto, estos hombres no eran "reformadores" sino "innovadores" y, como tales, herejes. Dado que el propio principio que ellos establecían consistía en "protestar" [de ahí el nombre protestantes], se seguía que los protestantes a menudo estaban en conflicto entre sí según el adagio *Tot capitae tot sententiae* [cuantas cabezas, tantos pareceres - ndt] (Calvino, en Ginebra, hizo quemar por considerarlo más "herético" que él, a Miguel Servet, un negacionista de la Santísima Trinidad, logrando así consolidar su poder sobre la ciudad); el único punto que tenían en común era el esfuerzo que ponían todos para derrocar y aniquilar la cátedra de Pedro.

¿Y qué ocurría mientras tanto en la Iglesia Católica? Algunos movimientos reformistas genuinamente católicos ya habían surgido aquí y allá, así como institutos y órdenes religiosas (basta pensar en los jesuitas). No olvidemos que en el mismo año 1521 en que Lutero en Alemania lanzó su grito de revuelta, en España un antiguo soldado del rey de Castilla, ahora soldado de Jesucristo, se consagraba enteramente a Dios, deseando hacer algo por Jesús antes de morir; este hombre se llamaba Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús. Para compensar la deserción de algunas naciones europeas, Dios consolaba a su Iglesia con la conversión de otras

naciones en las Indias Orientales [gracias a San Francisco Javier] y en América, gracias al trabajo de las huestes de misioneros que cruzaban los océanos para predicar el Evangelio.

El escudo de armas de Michele Ghislieri, Papa San Pío V

Pero la revitalización católica no se detuvo ahí: de 1545 a 1563 se celebró el Concilio de Trento, que especificó las verdades de la Fe negadas o cuestionadas por los innovadores heréticos; al mismo tiempo, puso en marcha un plan para la verdadera "Reforma" de la Iglesia, *"in capite et in membris"*, que nuestro San Pío V tendrá el mérito de poner en marcha de inmediato. Lejos de estar muerto como esperaban los llamados "reformadores", el Papado mostró una vitalidad asombrosa.

En el siglo XVI, además de los jesuitas ya mencionados, nacieron muchos institutos religiosos con un propósito netamente social, como los teatinos, los barnabitas, los Padres Somaschi (S. Gerolamc Emiliani), los Hermanos de San Juan de Dios, los Oratorianos (San Felipe Neri), los Camilos (San Camilo de Lellis), etc. Se reformaron otras órdenes como los capuchinos, los carmelitas descalzos (Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz). La abundante hueste de santos del siglo XVI, es decir, de la "Contrarreforma", muestra que el catolicismo seguía siendo fecundo en santidad y que el verdadero "reformador" debía empezar por reformarse a sí mismo, convirtiéndose en un "Santo" y no en un hereje...

Para obtener una visión completa de este siglo convulso, debemos añadir de nuevo la victoria de Lepanto contra los turcos, a la que ya hemos hablado al principio de este artículo.

Es en este contexto donde se desarrolló la obra de San Pío V.

Orígenes y nacimiento

Michele [según algunos se llamaba Antonio] Ghislieri nació el 17 de enero de 1504, día de San Antonio, en el pequeño pueblo de Bosco, en Piamonte, cerca de Alessandria ([6]), bajo el pontificado de Julio II, cuando Maximiliano I de Austria era emperador. Su padre era Paolo Ghislieri, y su madre Domenica Augeria, originaria de Bosco, ambos de condición modesta y con pocos recursos materiales, pero muy estimados por su virtud cristiana. Se dice que la familia de San Pío V descendía de los Ghislieri de Bolonia, una de las familias más antiguas de esa ciudad, que, sin embargo, fue expulsada de Bolonia después de haber perdido todos sus bienes, tras las guerras civiles del siglo XV entre güelfos y gibelinos, precisamente en 1445, debido a que pertenecía al partido Guelfo, el que defendía los intereses de la Iglesia. Algunos ghislieri se refugiaron en Roma, donde adoptaron el nombre de Consiglieri, pero conservaron el escudo de armas de su familia, mientras que otros miembros de esta familia se retiraron a la diócesis de Tortona en Bosco. De este primer exiliado en Piamonte llamado Bastiano nació Antonio, fue hijo Paolo Ghislieri, padre de Michele, el futuro Pío V. ([7]).

El pequeño Michele creció con una sólida educación cristiana que le dieron sus padres, y reforzada por el ejemplo de sus virtudes. Hay poca información sobre su infancia; se sabe que era modesto y reservado, hablaba poco, en la escuela mostraba capacidades superiores a las de su edad, rehuía las diversiones propias de los chicos de su edad. Manifestaba una devoción particular a la Santísima Virgen María. Ya a los doce años se sentía atraído por la casa del Señor, suspiraba por la soledad y le pedía a Dios la manera de poder consagrarse a Él por completo. No había ningún monasterio en Bosco ni en sus alrededores, y sus padres le animaban a buscar un oficio manual que le asegurara el futuro.

La casa natal de San Pío V en Bosco

En 1516, la Providencia trajo a Bosco a dos religiosos dominicos, aparentemente sin otro propósito que permitir que los deseos secretos de Michele Ghislieri se hiciesen realidad. Esto muestra lo fiel que es Dios (I Cor. X, 13): si inspira un buen pensamiento, también ofrece una buena oportunidad para llevarlo a cabo. "El muchacho se acercó con timidez —a los dos religiosos de Santo Domingo—, y les sorprendió con la madurez de su juicio, por sus preguntas y sus respuestas. Su vocación (...) se manifestó sin que él lo supiera en esta ingenua conversación, hasta el punto de que los religiosos le preguntaron si quería continuar en el camino con ellos, prometiendo iniciarle en sus estudios y también recibirle en su orden si más tarde se hubiera hecho merecedor de ello. El niño, conmovido al ver cumplido el deseo de su corazón, aceptó con alegría la oferta. (...) Fue corriendo a su padre y a su madre, se arrodilló, imploró su bendición y, asido a un extremo del hábito de uno de los dominicos, los siguió (...) hasta el convento de Voghera, que pertenecía a la provincia dominica de Lombardía" ([8]), a unos 35 km de Bosco.

Joven religioso dominico

Tal fue su diligencia que puso en cada tarea que pronto se ganó el afecto de los religiosos de Santo Domingo. Cada mañana acolitaba en la

primera misa, el resto del día se consagraba al estudio. En pocos años llegó a ser tan erudito y piadoso que el Padre Prior lo consideró como un tesoro que les había confiado el cielo.

"De Voghera Michele pasó al convento de Vigevano, donde comenzó su noviciado. Respondiendo fielmente a las expectativas de sus superiores, se aplicó con fervor creciente a las prácticas del claustro, al recogimiento, la oración y la mortificación" ([8]).

Al finalizar su noviciado fue admitido a la profesión religiosa en 1519. Es costumbre que los religiosos que profesan dejen su apellido familiar para adoptar el de su lugar de origen; nuestro novicio quiso ser llamado: Miguel de Bosco. El padre provincial respondió: "Nadie conoce ese lugar, a partir de ahora es apropiado que te llamen fray Miguel Alesandrino, ya que naciste en las cercanías de Alessandria." Este apodo le acompañó, como veremos, incluso más tarde, cuando llegó a ser el "Cardenal Alesandrino". Pronto, esos mismos padres que habían sido su guía empezaron a admirarle como modelo. Desde entonces, fray Alejandrino se dedicó al estudio de la filosofía, y solía decir: "La oración es un medio eficaz para adquirir conocimiento, y cuanto más se une el espíritu al Señor con este divino comercio de la oración, más se hace capaz de aprender y enriquecerse de conocimientos." ([9])

Fue enviado a Bolonia para estudiar Teología, y fue muy pronto estimado por su capacidad para enseñarla a otros.

> «Trataba divinamente la ciencia de Dios, unía a las espinas de la escolástica las espinas del Calvario. Los estudiantes acudieron de todas partes y estaban encantados de recibir clases de aquel maestro, que apenas tenía veinte años.»

Su libro de texto fue sin duda la "Summa Theologica" de Santo Tomás de Aquino, sin lugar a dudas, ya que en 1567 fue el propio San Pío V quien lo proclamó doctor de la Iglesia, llamándolo "el más sabio de los santos".

A los veinticuatro años de edad fue enviado a Génova para ser ordenado sacerdote, y fue necesaria toda la autoridad del Padre Provincial para superar en él el santo temor que le llevaba a considerarse indigno del glorioso ministerio. Era 1528, fue ordenado tras un largo retiro de preparación; durante el resto de su carrera mantuvo siempre inviolablemente las disposiciones con las que había recibido la sagrada unción. Fray Michael no había

visto a su familia desde el día de su separación; fue por orden de sus superiores que decidió regresar a Bosco para consolar a su familia, y no por deseo propio, ya que había sacrificado incluso los afectos más legítimos a Dios. Su país había sido recientemente devastado por las tropas de Francisco I; la misma iglesia donde rezaba de niño ya no existía, reducida a un montón de ruinas; por ello, no pudo, como esperaba, celebrar allí la primera misa, por lo que se vio obligado a celebrarla en el cercano pueblo de Sezzadio.

En 1543 fue retirado de su cátedra de Teología y enviado al capítulo de la orden dominica en Parma, donde defendió, según la costumbre, una tesis con 30 proposiciones para refutar la herejía luterana; ya se manifestaba el "*defensor fidei*". En esos años comenzó a estudiar controversia, después de haber ya profundizado la teología, deseoso de combatir con las dos manos por la defensa de la Santa Iglesia, mereciéndose para sí mismo el apelativo de "*ambidexter armatus"* que ya se le había conferido a San Basilio.

Esta otra ciencia le serviría más tarde para contrarrestar mejor los errores que surgieron en aquellos años. Sin embargo, el estudio no le impidió ser siempre muy cuidadoso en todas sus demás ocupaciones: asistía a los oficios con puntualidad, practicaba rigurosas mortificaciones, barría las dependencias del convento, pasaba sus recreaciones consolando a los afligidos, instruyendo a los ignorantes, sirviendo a sus hermanos, animando a los débiles. Solía decir: "El religioso es como un pez, no puede vivir fuera de su elemento", mostrando así su amor por el retiro del claustro.

Sus virtudes le valieron tan gran estima entre sus hermanos que posteriormente fue llamado a las más altas dignidades de su provincia. Fue elegido primero prior del convento de Vigevano, luego prior de Soncino y más tarde de Alba. Siempre tuvo que verse obligado a aceptar estos cargos por obediencia, ya que, naturalmente, por humildad, tendía a rechazarlos.

"El martillo de los herejes"

Alrededor de 1549, cuando aún era prior del convento de Alba, los cardenales del Santo Oficio le nombraron Inquisidor en Como. Dado que se buscaba un delegado fiel, un ferviente guardián de la fe y firme en la acción, la elección recayó en fray Miguel Alesandrino, que ya había demostrado su valía en muchas ocasiones.

Ghislieri había mostrado previamente al obispo de Bagnoregio, fray Umbertc Locato, antiguo comisionado de la Inquisición y su antiguo confesor, una inclinación hacia el cargo de Inquisidor, ya que decía que en él: "era consciente de contribuir al bien de las almas, a las cuales en cambio dudaba poder aportar alguna contribución en su función de superior.".

Ser inquisidor significaba ser guardián y juez de la fe también reconocida por el poder civil. Se trataba de descubrir e investigar a los herejes, separarlos del rebaño de los fieles para que no lo corrompieran, hacerles confesar sus errores y, si fuera posible, corregirlos y convertirlos. Si, por otro lado, el infractor seguía pertinaz en sus errores, era juzgado y condenado, incluso a muerte, según la gravedad de su pecado. No será inútil recordar al lector que en un estado católico (donde la población es abrumadoramente católica) la única religión a la que se le concede libertad para ser enseñada y practicada debe ser la católica fundada por Jesucristo. Por tanto, ella tendrá el derecho y el deber de proteger a las almas de los cristianos de todas las infiltraciones del error, recurriendo también, si fuese necesario, a un tribunal que juzgue y condene a los criminales (la Santa Inquisición).

El principio de "tolerancia" hacia todas las religiones no es más que un principio masónico, inculcado hoy incluso en los católicos por los "falsos pastores" después del Concilio Vaticano II, y es una de las herramientas (como un caballo de Troya...) que la secta masónica utiliza para intentar destruir la Iglesia. Con "tolerancia", los masones pusieron la única verdad — Nuestro Señor Jesucristo, que tiene todo el derecho ("*Yo soy la verdad...*", Jn. XIV, 6) —, al mismo nivel que el error —el "padre de las mentiras" Lucifer—, que no debería tener ningún derecho.

En aquel tiempo, de hecho, Italia era el objetivo de los protestantes, que la asediaban en sus fronteras con sus escritos, llenos de calumnias, contra los católicos. La herejía, que ya se había difundido en Suiza, trataba de penetrar en Italia a través del Milanesado, bajo el pretexto de las frecuentes relaciones comerciales existentes entre ambos estados. Era pues necesaria una vigilancia y una resistencia tan activas como insidiosa era la agresión.

Fray Michele secuestró en Como un libro herético muy pernicioso que se iba a distribuirse clandestinamente en los territorios de Módena y Vicenza. El comerciante al que se le había secuestrado el libro, dado que la

sede episcopal estaba vacante, recurrió al Vicario General de los Diócesis, quien levantó el secuestro.

> «El Inquisidor excomulgó rotundamente a todos los que habían participado en este acto y el Santo Oficio convocó al Vicario General y al Capítulo de Como a Roma. En lugar de ir allí, el vicario general apeló a Fernando de Gonzaga, gobernador de Milán, acusando al padre Alesandrino de un celo exagerado y abusivo» ([10]).

El indignado Gobernador lo citó a comparecer ante él. A pesar de que sabía que los herejes le estaban tendiendo trampas e intentaban matarlo en el mismo lugar donde habían asesinado a San Pedro el Mártir, en la carretera de Barlassina, caminando durante la noche, fray Michele se presentó por la mañana en la audiencia del gobernador. Este último se negó a concederle la audiencia a la que lo había convocado (no esperaba tal valentía por parte del Inquisidor...); y Ghislieri fue advertido de que estaba a punto de ser encarcelado. Contento de haber sido considerado digno de sufrir desprecios por el nombre de Jesús, el padre Alesandrino emprendió, como siempre a pie, el viaje a Roma para defender su causa y el bien de la Iglesia.

> «El 24 de diciembre de 1550, entró en la Ciudad Eterna, en ayunas y agotado por el cansancio. Cuando se acercó a Santa Sabina, el convento de su orden, el Prior, viendo su miserable aspecto, lo tomó por algún vagabundo que había venido a buscar fortuna a la corte papal, y lo recibió con frialdad. Así, en tono de broma le preguntó: “Padre, ¿a qué has venido? ¿Vienes a ver si el Colegio de Cardenales está dispuesto a hacerte Papa?” “Voy a Roma —respondió Ghislieri— llamado allí por los intereses de la Iglesia, y partiré tan pronto como termine mi trabajo. Por eso solo les pido un breve hospedaje y un poco de heno para esta mula.» ([11])

Fray Michele Alesandrino ganó el caso, fue mantenido en su cargo de Inquisidor y regresó a Lombardía. Se nombró un obispo en Como al que el Capítulo se sometió.

Entonces se manifestaron nuevos elementos de discordia en la ciudad de Coira, respecto a una cuestión de beneficios eclesiásticos.

> «Dos canónigos, ambos nacidos de familias poderosas, luchaban por un beneficio. Uno de los dos fue acusado de herejía y moral corrupta, pero el crédito de amigos poderosos le permitió obtener el cargo

[el obispado]: desafiando el peligro mortal que existía para que el Inquisidor cruzara el país de los Grisones, manifiestamente herético, fray Alesandrino llegó a Coira donde instituyó el juicio, condenó al sacerdote indigno e instaló a su adversario. Nadie se atrevió a desafiar este acto de autoridad suprema, ya que el Inquisidor actuó a plena luz del día, movido por una fuerza que no tenía nada de humana: era de la misma naturaleza que aquella que arrojó a tierra, por tres veces, a los esbirros del Sanedrín en la noche del Huerto de los Olivos.» ([12])

La siguiente intervención del buen Inquisidor tuvo lugar en Bérgamo, donde un famoso abogado llamado Giorgio Medolago difundió abiertamente el protestantismo. Las correcciones anteriores empleadas contra este hombre habían resultado inútiles. Ghislieri lo encarceló inmediatamente y trató de reconducirlo a la verdad por medio de un doctor, fiel a la Inquisición y pariente del acusado; pero esta intervención no sirvió de nada salvo para aumentar las blasfemias de Medolago. Cuando el juicio ya se había iniciado, muchos ciudadanos de Bérgamo, cercanos a la familia del abogado, le ayudaron a escapar de la prisión. Dado que había tantos cómplices y era difícil castigarlos a todos, fray Alesandrino prefirió confiar en la conciencia católica de los ciudadanos, manifestando la gravedad del delito en la plaza pública y fulminando las censuras eclesiásticas. Tuvo el consuelo de ver a los culpables bergamascos pedir perdón por su revuelta y devolver al acusado ante sus jueces. Medolago fue juzgado debidamente y desterrado a Venecia, donde pasó sus últimos días en la oscuridad y el olvido.

Bérgamo, sin embargo, aún no estaba libre de peligro porque su obispo Vittore Soranzo, un noble veneciano, conspiraba para entregar al rebaño que se le había confiado a las garras de la herejía, y antes de hacerlo tramó de cómo liberarse del inquisidor (fue Soranzo el que aconsejó la fuga del abogado). Por segunda vez, fray Miguel Alesandrino escapó de la muerte diciendo con su voz atronadora: “¿A quién buscáis?” (como ya había hecho N.S. Jesucristo...), poniendo en fuga a los sicarios que habían entrado en el convento dominico de noche para asesinarlo. En la casa del obispo había dos cofres llenos de libros heréticos, listos para ser distribuidos; Soranzo fue arrestado, convocado a Roma y depuesto, siendo simplemente desterrado a Venecia.

Primer Comisario General del Santo Oficio en Roma

En junio de 1551 fallecía en Roma el padre Teófilo da Tropea o.p., primer Comisario del Santo Oficio. El cardenal Caraffa (el futuro Paulo IV), que había conocido a Ghislieri en la época de su primera estancia en la ciudad eterna y que lo había estado observando durante mucho tiempo para llevarlo a Roma, lo nombró comisario en lugar del difunto. Caraffa, fundador de los teatinos, que había recibido el birrete cardenalicio de Pablo III ([13]); era un "hombre alto y delgado, no curvado por los años ni debilitado mentalmente. Habiéndose dedicado incansablemente al restablecimiento del dogma y la disciplina en toda su pureza, la restauración religiosa se convirtió en la empresa de toda su vida. Su experto discernimiento reconoció a primera vista la misma vocación en Ghislieri, viendo en él al soldado de la milicia que necesitaba y lo quiso como nuevo compañero. ([14]).

> «El cardenal, encantado de entablar sus primeras relaciones con el padre Michele, ordenó que la puerta de su gabinete se abriera para él a cualquier hora del día en que se presentara; y pronto (...) le dio alojamiento en su propio palacio. Cada día se veían compartiendo los tesoros de la fe y los esfuerzos de su celo" ([15]).

¿Cómo podríamos describir la figura espiritual de este religioso de Santo Domingo de 47 años cuando entró en Roma unos 15 años antes de convertirse en Sumo Pontífice?

> «Es un hombre de oración y recogimiento; pero también un hombre de gran fortaleza, de una fortaleza al servicio de la Fe, [un hombre] cuya castidad es la integridad. Con los obispos, religiosos y laicos el Inquisidor no tiene ninguna acepción de personas, los juzga a todos con la misma calma soberana, los pesa a todos con el mismo peso de la única verdad. Esta era ahora su tarea: ¡defender el rebaño de los lobos que se habían introducido en él! Dar paso a la virtud, eliminar el vicio y la herejía; deponer a los malos obispos, aunque fueran influyentes y poderosos, especialmente cuando sean defensores de la herejía y distribuyan malos libros: son todos los ámbitos de la Iglesia que el Inquisidor pretende proteger de la gangrena protestante, incluso a costa de separaciones eclesiásticas, de condenas y excomuniones. Debemos recordarlo cuando lo veamos convertido en guardián del depósito de la fe, llamando a príncipes, a superiores, a obispos a ser fuertes en la fe, intransigentes con los culpables. La vida del nuevo Comisario General del

Santo Oficio en Roma habría demostrado que esta fuerza de la fe, extraído de las fuentes de la oración y la penitencia, tiene como hijas "la grandeza de alma, la confianza, la tranquilidad, la paciencia, la perseverancia, la longanimidad, la humildad y la dulzura", según palabras de San Buenaventura.» ([16])

Su tarea era servir al Tribunal Supremo de la Inquisición como una especie de asesor de justicia; pero su tarea también era denunciar a los acusados ante los tribunales y ayudarles una vez condenados, y aquí es donde entraba en juego la misericordia.

Cada mañana, fray Alesandrino bajaba a las prisiones a visitar a los acusados, y no escatimaba esfuerzos para reconducirlos a Jesucristo. Discutía libremente con ellos, disipaba sus dudas con dulzura y elocuencia. Una vez que había reconducido a los acusados a la verdad y estos habían abjurado de sus errores, empeñando toda su caridad para no omitir nada y facilitar su penitencia, ofrecía sus buenos oficios como si fuesen viejos amigos y a menudo los admitía en su mesa. La mayor parte de sus ingresos, gracias a su austeridad y sobriedad, los consagraba a la ayuda de los necesitados y de los pobres, porque decía que la pobreza no solo es una dura prueba de sufrimiento, sino también una continua tentación al pecado.

Dios le recompensó sensiblemente por su misericordia haciéndole sentir el afecto y la gratitud de los infelices que, gracias a su cuidado, habían regresado, después de transitorias desviaciones, a la libertad y a la plenitud de la fe. Cuántos errores y errantes corregidos, cuántas obstinaciones domadas que se cambiaron en docilidad filial; cuántas pasiones desengañadas que se transformaron en devoción, gracias al trabajo de Ghislieri. El ejemplo más maravilloso de estos es probablemente el caso de Sixto de Siena.

Sixto de Siena y... Sixto V

Sixto de Siena había nacido en el judaísmo, se convirtió y fue bautizado a los veinte años en contra de la voluntad de sus padres.

«Entró en la orden de San Francisco, donde aprendió las letras sagradas bajo la tutela del doctor Catarino, su compatriota. Desde los veinte hasta los treinta años ejerció el ministerio de la predicación en las principales ciudades de Italia con gran fama (...). Inflado por las alabanzas y los aplausos de los hombres, Sixto de Siena cayó en errores

(…) judaicos. Hizo una abjuración pública de ello y, sin embargo, tuvo la desgracia de recaer de nuevo en ellos. Esta vez fue, como reincidente, encerrado en las prisiones del Santo Oficio en Roma, procesado, juzgado y condenado al fuego, cuando el Comisario General I de la Inquisición fue a visitarlo» ([17]).

Sixto de Siena se encontró sin posibilidad alguna de indulgencia hacia él, ya que su doble recaída había alejado de su prisión tanto a los judíos como a los cristianos, dos veces engañados en sus expectativas.

Ghislieri tenía compasión por él, no podía contemplar "con frialdad tantas cualidades eminentes y una naturaleza tan floreciente, que prometía una madurez gloriosa, tronchada en su plenitud. Se entregó a la oración pidiendo a Dios que le iluminara sobre lo que tenía que hacer. Parecía que Dios le respondía internamente que el corazón del reo esperaba solo un último acto de clemencia para regenerarse en los sentimientos más piadosos y constantes. Entonces Ghislieri, llevado por su inclinación, se acercó a Sixto, le exhortó, le convenció y finalmente logró hacerle querer vivir en la penitencia y en el amor de Jesucristo" ([18]).

Fray Michele Alesandrino, tan pronto como se confirmó el arrepentimiento de Sixto, corrió a arrojarse a los pies del papa Julio III, cuya autoridad era la única que podía revocar la sentencia de muerte; obtuvo de él el indulto, junto con la liberación del prisionero y la facultad de introducirlo en su Orden.

Unos meses después, la alegría de Ghislieri estaba en su punto más álgido, pues vio que:

«no había derramado sus lágrimas en vano apenado por la ciencia y la juventud de Sixto: era recibido en la Orden de Santo Domingo. Toda su vida, después que milagrosamente escapó de la muerte, estuvo consagrada a la modestia, a la vigilancia sobre sí mismo, a la firmeza en la fe, a la edificación de sus hermanos» ([18]).

Su conversión fue realmente sincera, como lo demuestra el que sus superiores le ordenaran retomar el ministerio de la predicación. Sus sermones fueron recopilados en una obra que se publicó diez años después, dedicándola al Papa Pío V con expresiones de profunda gratitud ([19]). Sixto de Siena fue también autor de escritos notables sobre la cuestión judaica.

Más tarde, ya cardenal, fray Michele Alesandrino empleó con provecho al dominico Sixto de Siena en la conversión de los judíos, y también le confió tareas inquisitoriales. Consumido por el cansancio y la austeridad de su penitencia, Sixto murió en 1569 en Génova, a la edad de 49 años.

Otro hecho que da testimonio de la grandeza del alma de fray Michele Alesandrino es el siguiente:

> «En 1551 un franciscano, Felice Peretti, predicaba en la iglesia de los Santos Apóstoles en Roma. Cada sermón era escuchado con admiración general por los oyentes, que acudían en mayor número cada día. Solía aprovechar el momento de descanso en que dividía su sermón para leer las cartas y las súplicas, que nunca dejaban de presentarle en gran número, cuando se abría paso entre la multitud para subir al púlpito. Entre los papeles que un día le entregaron, notó uno, que estaba sellado, y lo abrió. Pero en lugar de contener el relato de algún problema o la exposición de un escrúpulo, esta carta, por el contrario, entraba en discusión con el orador, y sobre el tema de la predestinación se leía en letras grandes: ¡Mientes! [estas palabras eran como una fórmula usada por los católicos para acusar a los protestantes de herejía, y habían sido escritas por un hombre malintencionado, celoso de su éxito, con la intención de recortarle las alas a Peretti - nota del autor]
>
> El franciscano, muy abatido por esta improvisada mentira, y no poder ocultar su turbación, terminó su sermón desordenadamente. En cuanto regresó a su celda, vio aparecer a un miembro del Santo Oficio. El Inquisidor le interroga y lo presiona, al mismo tiempo que sondea el alma del joven predicador con mirada penetrante. El franciscano abre su alma, confiesa ingenuamente de haberse dejado llevar por el desconcierto repentinamente, pero al mismo tiempo despliega una confianza tan sincera y cálida en los principios de la Fe, que el rostro del Inquisidor se conmueve, sus ojos pierden severidad, sus brazos se abren, y le dice: si necesitas ayuda, nadie más te lo dará, sino yo.
>
> Era Pío V quien abrazaba a Sixto V.» ([20])

Estas dos historias nos muestran cómo la justicia de Ghislieri (él era inflexible a la hora de defender los derechos de la Iglesia, o al condenar a un hereje obstinado) iba unida a una gran misericordia y dulzura, como acontecía en nuestro modelo y Redentor Jesucristo, que se apiada de los hombres “según su gran misericordia” (Sal. 50, 1).

Un capítulo fundamental en la obra inquisitorial de Ghislieri fue, sin duda, el juicio del cardenal Morone, fuertemente sospechoso de herejía, arrestado bajo Paulo IV (Caraffa), absuelto bajo Pío IV y definitivamente apartado bajo S. Pío V. El peligro para la Iglesia era tan grande de que Morone llegara a ser Papa, que el cardenal Alesandrino entró en el cónclave del que saldría como Sumo Pontífice, ocultando bajo el hábito dominico los documentos del juicio hechos a Morone, para evitar en absoluto que pudiera ser electo. Algunos incluso llegan a afirmar que Ghislieri aceptó ser Papa para evitar que lo fuera el Cardenal Morone.

Dada la importancia de este episodio en la vida de San Pie V, el juicio del cardenal Morone será el tema del próximo artículo.

Obispo de Nepi y Sutri

El 25 de marzo de 1555 murió Julio III; los cardenales primero eligieron a Marcelo II (cardenal Marcello Corvino, ya legado papal en el Concilio de Trento), pero murió tras solo 22 días de pontificado. En su lugar, el 3 de mayo de 1555, fue elegido el amigo y estrecho colaborador de fray Michele Alesandrino: el cardenal Caraffa, de ochenta años, que tomó el nombre de Paulo IV.

Paulo IV, aunque lo mantenía en el cargo de Comisario General del Santo Oficio, nombró a Ghislieri obispo de Nepi y Sutri. Estos eran dos obispados unidos, de ingresos modestos, que dependían directamente de la Santa Sede. Sin embargo, el Papa se reservaba el derecho de mantener al religioso dominico en el cargo del Santo Oficio, al menos hasta que encontrara a alguien capaz de reemplazarlo.

> «Ghislieri estaba sumamente afligido por su nombramiento y fue a arrojarse a los pies de Paulo IV suplicándole que lo revocara. Rogó al Pontífice, por todo el afecto que hasta entonces le había demostrado, que le aliviara de tan formidable carga y le permitiera morir con el hábito monástico. El Papa no cedió ni a sus razones ni a sus súplicas, y le ordenó que considerara sus órdenes como un mandato expreso de la Providencia. Solo estas palabras del Vicario de Jesucristo pudieron poner fin a las peticiones de Ghislieri, quien entonces pidió al Santo Padre su bendición para ir a servir a la Iglesia en su nuevo puesto.» ([21]).

Papa Paulo IV

El fraile Michele Alesandrino fue consagrado obispo en enero de 1557; le sustituyó en el cargo de Inquisidor el padre Tomás Scoto. Hay poca información sobre su ministerio episcopal; nos basta saber que:

> «la diócesis confiada a su cuidado pronto cambió de apariencia. Visitó con todo cuidado y preocupación todos los pueblos sujetos a su jurisdicción, sin olvidar las chozas más miserables, donde ni siquiera conocían los nombres de sus predecesores. El vicio y la ignorancia no podían escapar a su supervisión; y quienes no conocían su deber, o quienes lo descuidaban, eran sometidos a la misma regla, y todos tuvieron que recuperar mediante la obediencia aquellos grados que no habían justificado con sus obras pasadas.» ([21])

El nuevo obispo no pudo evitar sentir el peso de su responsabilidad como pastor, y al mismo tiempo el celo le devoraba por las almas, instándole a cumplir con su deber lo mejor posible, pero en él siempre permanecía la inclinación por la soledad del claustro. Esta inclinación, unida al peso de su dignidad, le llevó de nuevo a los pies del Papa para implorarle el permiso de regresar a su convento. Pero Paulo IV le quitó toda esperanza con estas

palabras: "**Yo ataré a tu pie una cadena tan fuerte que, incluso después de mi muerte, ya no podrás pensar en el claustro.**". Con estas palabras, la intención de Paulo IV de nombrarle cardenal estaba clara.

El Cardenal Alesandrino, Supremo Inquisidor de la Cristiandad

Dicho y hecho. Los planes de la Providencia Divina se cumplen inexorablemente... Sin siquiera avisarlo, el 15 de marzo de 1557, Paulo IV ascendió a Ghislieri a la sagrada púrpura cardenalicia, junto con otros diez cardenales. Si fray Michael Alesandrino, en su humildad, no podía expresar su gratitud por una dignidad que le llenaba de temor, los demás miembros del Sagrado Colegio no agradecieron lo suficiente al Pontífice por haberles dado un colega tan ilustre.

> «Ghislieri eligió para ser titular la iglesia de Santa Maria sopra Minerva [que había estado adscrita al convento dominico desde la época de Gregorio XI], que el Papa por su parte admitió en el número de las iglesias titulares [por tanto fue el primer cardenal que ostentó dicho título]. Y para que la orden de Santo Domingo estuviera siempre asociada con los honores que recibió, y para conservar incluso bajo la púrpura algún rastro de su antiguo estado, se hizo llamar a sí mismo "*Cardenal Alesandrino"* y no cardenal Ghislieri, porque este nombre, de Alesandrino, impuesto por el Padre Provincial en el solemne momento de su profesión en la Orden, le trajo los recuerdos más queridos de su infancia, de su país y de su vocación.» ([22])

Al elevar a Ghislieri a la púrpura cardenalicia, Paulo IV no solo quiso honrarlo, sino también tenerlo cerca de sí, junto con los hombres más eminentes del catolicismo, para intensificar su acción contra las herejías cada vez más perniciosas. El Papa entonces concedió al cardenal Alesandrino el cargo de Supremo Inquisidor de la Cristiandad, otorgándole así el poder sobre toda la Inquisición católica en el mundo entero.

> «La Inquisición, desde su origen, sufrió numerosas modificaciones. En su nacimiento, los Inquisidores, al estar dotados de una autoridad precaria, recurrían continuamente a los Pontífices para la ejecución de sus sentencias. En 1263 Urbano IV invistió a un cardenal el derecho de juzgar las causas de quienes apelaban a Roma. Esta magistratura su-

prema, mantenida en vigor durante más de medio siglo, permaneció vacante hasta el pontificado de Clemente VI (1343), quien la invistió con el cardenal Guillermo de Toulouse; luego volvió a caer en desuso hasta Paulo III (1534), quien la dividió entre cuatro cardenales, quienes por tanto fueron nombrados cardenales del Santo Oficio. Su número se había incrementado a seis bajo Julio III; pero Paulo IV, que ya había trabajado, siendo cardenal, para consolidar esta institución, restableciéndola sobre sus antiguas bases, deseaba devolverle la autoridad y energía que consideraba indispensables. Todos los Inquisidores y sus delegados estaban sujetos al Cardenal Alesandrino, sin exceptuar a los obispos, que a veces unían este cargo al del episcopado.» ([23])

Para comprender la importancia de este cargo confiado al cardenal Alesandrino, es necesario notar que Paulo IV se aseguró de que esta función fuera perpetua en su persona; no cesaría ni siquiera durante la vacante de la Sede Apostólica, como la de la Sagrada Penitenciaría. **En esencia, era la máxima participación en el poder del Vicario de Jesucristo, es decir, ser el juez supremo de los pastores del rebaño.**

«El cardenal Alesandrino —señala su biógrafo— "fue a la vez el primero y el último en ocupar este cargo, tal como Paulo IV lo había instituido. Porque, elevado al pontificado supremo, necesariamente permaneció como cabeza de la Congregación del Santo Oficio, y sus sucesores los papas, siempre se reservaron la presidencia de este tribunal superior, que es propiamente hablando, el tribunal del Sumo Pontífice"» ([24]).

La púrpura de cardenal, unido a ese alto cargo de Supremo Inquisidor de la Cristiandad, no cambió en absoluto las costumbres anteriores de Ghislieri. Nunca dejó de lado su hábito dominico, practicaba sus habituales ayunos y penitencias, vivía en todo con la sencillez de un religioso.

En un siglo en el que el nepotismo no era nada raro, el cardenal Alesandrino siempre se abstuvo firmemente de favorecer, en alguna manera, a sus parientes; una prueba clara de ello es esta (famosa) carta que escribió a su sobrina Paolina Ghislieri:

«*Mi querida sobrina.*

Me alegró saber, por su carta del 26 de febrero, de la buena unión que mantiene con su esposo (...). Tenga cuidado de no presumir por ser

sobrina de un cardenal. El lugar que ocupo en la Iglesia debe ser para vosotros una razón para dar gracias a Dios y un nuevo compromiso para avanzar en la virtud. Pide para mí la gracia de que pueda sostener con una vida santa la dignidad a la que el Vicario de Jesucristo me ha elevado. No debes desear que Dios me eleve más alto en este mundo. Solo ves el brillo de mi nueva dignidad e ignoras las preocupaciones, inquietudes y penas que me aquejan, y de las que me sentía felizmente libre en el claustro...

En cuanto a lo que me escribes sobre el asunto de tu cuñado, debes saber, querida sobrina, ***que los beneficios no se otorgan a la carne ni a la sangre, sino a la virtud y al mérito****. Hasta ahora, Dios me ha concedido la gracia de no inmiscuirme en este infame asunto. No pienses, por tanto, que en mi vejez quiero cargar con la conciencia de estas intrigas criminales.*

Desde Roma, 26 de marzo de 1558.» ([25])

En su casa vivían las personas estrictamente necesarias para el servicio y el ejercicio de sus funciones. El propio cardenal se encargaba de instruirles en sus deberes; quería que entraran en su casa con el espíritu de quien entra en un convento en lugar de en la casa de un cardenal. Era cariñoso y caritativo con todos, soportaba él mismo los trabajos de los sirvientes y nunca los llamaba, ni siquiera cuando lo necesitaba, durante los horarios de descanso o refrigerio. La habitación más hermosa de su palacio se había convertido en la enfermería para los sirvientes enfermos. El cardenal Alesandrino nunca se negó a conceder audiencia a nadie.

Obispo de Mondovì en Piamonte

En 1559, el 18 de agosto falleció Paulo IV, quien había elevado a Ghislieri a los más altos cargos de la Iglesia y a su amistad estrecha. Le sucedió el cardenal Gianangelo Medici, elegido en diciembre de ese mismo año, quien tomó el nombre de Pío IV. Bajo su pontificado hubo una represión hacia los caraffas: el cardenal Carlo Caraffa murió en prisión y otros dos miembros de la familia perdieron la cabeza. Incluso aquellos devotos de la memoria del predecesor de Pío IV, el difunto Paulo IV, se verían arrastrados a esta caída. El cardenal Ghislieri permaneció en su cargo como Inquisidor supremo, pero al mismo tiempo fue nombrado obispo de Monregale o Mondovì en Piamonte, país de origen de Ghislieri. Es posible que esta elevación

fuese un castigo (por el deseo de distanciar el cardenal Alesandrino de Roma), pero, en cualquier caso, Pío IV lo nombró para la diócesis de Mondovì el 27 de marzo de 1560, junto con la facultad de poder permanecer en Roma y delegar el gobierno diocesano al obispo de Giastini, Girolamo Ferragatta (aunque conociendo el sentido del deber de Ghislieri, Pío IV podía imaginar fácilmente que él iría allí en persona).

De este modo, uno de los mejores consejeros de Paulo IV y uno de los cardenales más firmes en la fe y fieles a la Iglesia fue apartado de Roma.

> «El cardenal acepta esta solución, pero no se siente dispensado de interesarse directamente en la diócesis, al ser una persona que se involucra plena y personalmente en las cosas. Por ello decide visitar Mondovì, pues sabía que necesita de su presencia: su partida está prevista para la noche del 29 de junio de 1561. ([26])
>
> (...) Llegado a Piamonte visita al duque Emanuele Filiberto, padre del Turín moderno, y el 7 de agosto hace su entrada oficial en Mondovì. La ciudad es un centro del conocimiento y de educación gracias al colegio jesuita fundado este año y al Studio amparado por el duque de Saboya que se abrirá en la Universidad de Turín. Desde la cima de la residencia en la colina de Breo, la panorámica sobre los Alpes, con el Tenda y el Monviso apuntando al cielo en forma de triángulo isósceles, sobre las colinas de Langhe, Cuneo, Saluzzo, Fossano, parece un buen augurio para el desempeño de la «superintendencia general» de asuntos religiosos del Piamonte, confiada por Roma al cardenal Alesandrino. [Dado que la situación religiosa en Piamonte era bastante preocupante debido a la presencia de los valdenses en los valles de Pinerolo, Roma había enviado, a petición del duque, al obispo de Ginebra Bachod, primero como nuncio, con amplios poderes en la lucha contra la herejía. Un año después, el cardenal Ghislieri había llegado con tareas inquisitoriales (buscar, condenar, absolver y hacer abjurar a los sospechosos de herejía) no limitadas solo a Mondovì, sino que se extendían a todo el estado de Saboya ([27]) – nota del autor].
>
> La estancia en la diócesis no es sin embargo cómoda ni consoladora. Empecemos por la misa que se ve obligado a celebrar de forma desordenada e incómoda aquí y allá, porque la iglesia del obispo había sido utilizada anteriormente como escuela por el municipio. Por sugerencia del duque de Turín, fue paciente durante seis meses, a los que añadió

dos meses más antes de reclamar sus derechos. La gente de Cuneo en tiempos de guerra y a su propia discreción, fundieron en artillería el bronce de dos campanas de la abadía de San Dalmazo, perteneciente a los bienes del obispado; ahora los cañones tenían que volver a fundirse para hacer campanas.

Pero estas no fueron las principales razones, aunque justas, que llevaron al obispo Ghislieri el 1 de septiembre a escribir a Emanuel Filiberoto. Estaba por medio el honor de la religión, sobre la cual no se podía transigir. Los magistrados de Mondovì se mostraron poco dispuestos a cumplir fielmente las disposiciones del Santo Oficio (…). El duque aún no había cumplido la promesa hecha a Pío IV de levantar la prohibición de que sus súbditos recurrieran a los tribunales eclesiásticos. Esta última disputa afectaba a todo el ducado, pero el cardenal Ghislieri pudo resolverla gracias a las facultades generales que había recibido del Papa. Además, la visita que había iniciado le había abierto los ojos al estado de las cosas que denunciaba en su carta.» ([28])

Si el cardenal Alesandrino invocaba la ayuda del duque de Saboya se debía a que la consideraba indispensable para la realización de sus planes de reforma y restauración de la diócesis.

«El duque de Saboya respetaba a la Iglesia, pero no le gustaba que interviniera en la política religiosa del Estado. (...) Su mentalidad como soberano en este punto no coincidía con la posición del obispo [Ghislieri], quien nunca dudó en salvaguardar la integridad del credo y los derechos eclesiásticos. Por tanto, la ayuda del duque no llegó inmediatamente, o al menos el obispo no tuvo paciencia para esperar más, ya que no le gustaba estar de brazos cruzados, dado que “la molestia que más me pesa —escribía— es quedarme aquí sin ningún resultado, no poder llevar a cabo lo que me hubiera gustado hacer en servicio de Dios y de Su Alteza”.

Así que partió “forzado” el 14 de septiembre de Mondovì y el 25 de noviembre regresó a Roma. A pesar del revés sufrido, y aunque no era un hombre que se desanimara fácilmente, el obispo no perdió el amor por la diócesis piamontesa, a la que había proyectado regresar en 1564 cuando Pío IV, debido a desacuerdos mutuos, dejaba claro que no apreciaba su presencia en el Vaticano. Sin embargo, tres factores le im-

pidieron llevar a cabo su plan: la oposición de los cardenales, que querían retenerlo allí para que se ocupase de los trabajos de la Inquisición, la recaída de su enfermedad y el robo por parte de los piratas cerca de Porto Ercole del equipaje que había enviado por adelantado, lleno de vestimentas litúrgicas y documentos.

Los intentos realizados para hacer el bien a su diócesis resultaron inútiles: ni siquiera los santos son omnipotentes. Su inquebrantable fortaleza de espíritu se vio frustrada por terceros impedimentos que impidieron los efectos deseados. Estos son tiempos de derrota, cuando solo la humildad conserva a los verdaderamente grandes. En su favor estaba el consuelo de la buena conciencia, ya que Dios valora más las intenciones que los resultados.» ([26])

En la carta que había enviado al duque Emanuel Filiberto abría con franqueza y sinceridad sus sentimientos, escribiendo:

«*No cedo a nadie en el amor y fidelidad, ni quiero ceder a nadie en recordar a Vuestra Alteza las cosas necesarias para el culto de Dios, para la exaltación de la santa fe católica y para la conservación de la paz, la cual se mantiene con la religión y la justicia, sin las cuales todos los dominios precipitados por las sediciones y las guerras caen en abierta ruina...*» ([26])

Con estas palabras, el cardenal Alesandrino se despidió de su Piamonte, que nunca volvería a ver, ni vivo ni muerto: ni cuando estuviera vivo porque se convertiría en Papa, ni cuando muriera porque sería venerado como santo en la Roma inmortal de los papas. Dejó la diócesis de Monregale en mejor estado del que la encontró, ya que había realizado la visita pastoral, reavivado la fe y la moral corrompidas por la proximidad de los herejes, había administrado el sacramento de la Confirmación y corregido abusos y restaurado la disciplina eclesiástica en todas partes ([29]).

El regreso de Ghislieri a Roma también se debió a que el 29 de noviembre de 1560, Pío IV anunció la reanudación de los trabajos del Concilio de Trento en la siguiente Pascua, y porque el arzobispo de Milán, el cardenal Carlos Borromeo, solicitó la ayuda del cardenal Alesandrino. Además, el propio Pío IV había comprendido que las funciones de Inquisidor requerían la presencia del titular; “por ello se le envió la orden de venir y retomar su

puesto como Inquisidor [que en realidad nunca había abandonado], para ocupar el que le pertenecía en los consejos del Sumo Pontífice" ([30]).

«Asuntos muy complicados —de hecho— requirieron entonces la intervención de cardenal Alesandrino. Varios obispos franceses no dudaron en comprometerse con los hugonotes; en la reunión de Poissy defendieron tan débilmente la verdad y traicionaron su deber hasta tal punto que el embajador florentino tuvo que exclamar: "No se sabe si a estos obispos franceses les gusta ser derrotados tanto como los protestantes desean conquistar."

Ocho de ellos atrajeron la atención de los inquisidores de manera especial: Juan de Chaumont, de Aix; Caracciolo, de Troyes; Juan de Montluc, de Valence; los de Chartres, Dax, Oloron, Uzes, que también apoyaban la Reforma, y finalmente Luis d'Albret, obispo de Lesear, a quien el clero y los fieles denunciaron como fugitivo porque se atrevió a que un dominico destituido, Henri de Barreau, adúltero y hereje, predicara en su presencia. El Nuncio añadió a sus informes oficiales este detalle picante: él mismo había ido a Pau, vestido de burgués, con el propósito de escuchar a este religioso desviado y se había opuesto a él, señalando sus errores. En Roma, se sabía ya todo desde hacía cuatro años. Pío IV ciertamente no cedió a una impresión repentina, cuando a principios de 1563 "advirtió a los cardenales de la Inquisición que procedieran contra los obispos franceses acusados de herejía." Las fuertes quejas del nuncio Prospero di S. Croce, que era portavoz del descontento de los católicos franceses ante la lentitud de la Santa Sede, y la gravedad de los documentos recogidos por el Gran Inquisidor, llevaron al Papa a tomar las medidas necesarias. Un conflicto entre el rey de Francia y el jefe de la cristiandad era inevitable.

Tan pronto como Ghislieri (13 de abril de 1563) hubo convocado canónicamente a los ocho obispos: "para comparecer ante el Santo Oficio dentro de seis meses para limpiarse de sospecha de herejía, bajo amenaza de excomunión, suspensión y privación de todos los beneficios", Catalina de Médici entró en escena. Invocaba "los derechos y la libertad de la Iglesia galicana" y **tendía a transformar una cuestión puramente religiosa en una cuestión política, que ponía en juego el honor y los derechos de la corona**. En vano el Nuncio sostuvo, con el derecho de sentido común, que un obispo no podía ser calvinista, que

el Concordato reservaba a la Santa Sede el juicio de las causas más graves; Catalina respondió que "fuera de Francia nunca había habido juicio contra un obispo y súbdito francés, y aunque los acusados admitieran tal cosa, el rey nunca lo habría consentido." Además, añadió, enviaremos un embajador a Roma para tratar la cuestión.

Para colmo, Noailles, uno de los obispos acusados, fue elegido embajador. Tan pronto como se supo el asunto en Roma, **el cardenal Alesandrino persuadió al Papa para que no recibiera como embajador a una persona que era acusada por la Inquisición, y que no le concediera honores y la inmunidad, salvo tras una sentencia de inocencia.**

Este hecho llevó a Filiberto de le Bourdaisière, cardenal francés residente en Roma, a escribir (9 de octubre de 1563) a Noailles para que se detuviera en Lyon o se refugiara en Saboya, diciéndole que, si quería ser su amigo, no debía ir a Roma.

Mientras tanto, Carlos IX, informado de las intenciones de la Santa Sede, mediante una carta bastante fuerte encargó a Bourdaisière que presentara sus quejas. Pero el cardenal y su colega de Lorena, más cautelosos, se limitaron a presentar observaciones llenas de respeto y a dejar hábilmente claro que no era apropiado para la dignidad del papa pronunciar una sentencia que pudiera ser revocada "por todos los parlamentos del reino." Sin embargo, el Alesandrino ya había advertido al Pontífice contra cualquier sentimiento de temor. Noailles no fue reconocido como embajador, y los inquisidores tenían derecho a continuar con sus citaciones.

Por ello, la cuestión fue planteada en el nuevo consistorio. El 22 de octubre de 1563 Pío IV reanudo el Sacro Colegio y se cedió inmediatamente la palabra a cardenal Alesandrino. Este se disculpó por no tener una elocuencia acorde con la importancia de los incidentes que había que lamentar y, después de trazar un triste panorama de los avances del calvinismo en Francia, discutió jurídicamente el caso específico de los obispos acusados. Constató en primer lugar que los obispos citados regularmente para comparecer no se habían presentado dentro del plazo establecido, resumió brevemente la acusación y presentó las graves declaraciones hechas por numerosos testigos dignos de fe. Como conclusión, propuso que Caracciolo, Montluc y D'Albret fueron oficialmente

declarados herejes y privados de la dignidad episcopal, y que Chaumont, Guillard, Saint-Gelais y Régin ya no podían gobernar sus diócesis, a menos que hubieran cumplido previamente su condena por incomparecencia y hubieran mostrado un verdadero arrepentimiento.

Los argumentos del Gran Inquisidor eran tan sólidos y convincentes que Bourdaisière escribió a Noailles: “El Papa no podría haber suspendido la sentencia sin provocar ruido y escándalo”. El Sacro Colegio, con la excepción de dos cardenales, aprobó lo que el Alesandrino había dicho, y cuando Bourdaisière propuso un aplazamiento, la propuesta fue rechazada. El mismo Pontífice quiso, por tanto, refutar las objeciones galicanas. No pretendía violar el Concordato, pero había llevado el caso ante el Santo Oficio, porque veía que no había nadie en Francia capaz de examinarlo con competencia y libertad, y con razón se opuso a que prevaleciesen los derechos de los acusados frente a los intereses superiores de los fieles, corrompidos por sus doctrinas.

Los cardenales consultados respondieron a Pío IV que “debía actuar según las prescripciones de la ley”, pero suspender la promulgación de la sentencia, hasta que el Alesandrino y los inquisidores volvieran a examinar cuáles de los obispos eran herejes notorios y cuáles solo contumaces.

Entonces el Santo Padre, tras ratificar solemnemente las proposiciones de Ghislieri, le señaló en tono jocoso las contradicciones de su protector, Paulo IV, recurriendo a estas palabras irónicas, o al menos inesperadas: “El cardenal de Nápoles (el que sería después Paulo IV) no se opuso a la promoción de Caracciolo, su pariente, como obispo de Troyes, porque ese censor tan severo con los demás, entonces era todo dulzura y debilidad hacia los suyos”.

Ante lo cual, el cardenal Alesandrino guardó silencio: solo le importaba una cosa, que había ganado la causa. Además, el futuro le reservaba una pronta revancha en el mismo terreno en que Pío IV se había colocado.

Pero su parte en este asunto aún no había terminado. El 2 de noviembre, el cardenal de Lorena, con una carta urgente, intentó hacer un último esfuerzo ante el Papa. El Santo Padre, que en el fondo, según lo que dijo el embajador de Venecia, no era muy aficionado a la Inquisición, quedó impresionado por esta carta y convocó al Sacro Colegio

para ver qué hacer. **Pero el Alesandrino intervino de nuevo enérgicamente,** y el Papa respondió al cardenal de Lorena que **el Vicario de Cristo no podía, en conciencia, dejar el gobierno de una diócesis en manos de un hereje.**

Bourdaisière había notado en el Papa y también en el cardenal Alesandrino algunos signos de condescendencia; así que el 13 de noviembre escribió a Noailles con confianza: "El cardenal Alesandrino no es tan diabólico como te lo han pintado. Estos caballeros de la Inquisición sugieren al Papa que remita su pregunta al Concilio vuestro asunto y dicen que esta reunión debería agradarte, ya que gozas de la amistad de muchos prelados franceses."

Pero Noailles, considerándose más seguro lejos de Roma, pensó que era mejor no hacerse presente. Carlos IX no quiso aceptar las decisiones de la Curia Romana para sus súbditos. Por orden suya se envió un memorial bastante complicado al Papa; el redactor del memorial enumeró, con exceso de detalles y consideraciones histórico-jurídicas, los privilegios de la Iglesia Galicana, terminando con esta amenaza mal disimulada: "El Papa no debería tomarlo mal si el rey prohíbe la promulgación de censuras en su reino, y si permite que sus prelados súbditos se defiendan como puedan contra dichas censuras en virtud de la ley y según la costumbre de sus predecesores." La cuestión duró hasta la muerte de Pío IV» ([31]).

El cardenal Alesandrino consiguió ganarse la confianza del Pontífice sin recurrir a bajezas de ningún tipo, ya que, como hemos visto, solía hablar "con una franqueza tal capaz de hacerle perder toda reputación". Esta franqueza suya también se manifestó cuando Pío IV quiso conferir la púrpura cardenalicia "a los jóvenes príncipes Fernando de Médici y Federico Gonzaga, el primero de trece años, el segundo de veintiuno, mientras que el Sacro Colegio, ya sea explícita o diplomáticamente, no rehuyó la propuesta, solo el Alesandrino se atrevió a contradecirla. Lleno de reverencia, pero con esa energía que lo hacía inaccesible a cualquier temor, señaló al Papa que tal nombramiento contradecía los recientes decretos del Concilio, que el gobierno de la Iglesia no debía estar en manos de muchachos (...) Esta franqueza impresionó al Pontífice; pero, desafortunadamente, las exigencias insistentes de los Medici hicieron inútil la resistencia del Alesandrino. El futuro justificó sus temores, porque el jovencito cardenal de Médici, a la

muerte de su hermano, cambió su capelo cardenalicio por la corona de Toscana.

Pero al menos el Alesandrino podía tener la tranquilidad de que las razones por las que había vetado estas elecciones estaban bien fundamentadas. Y al embajador florentino, que en una visita de protocolo le agradeció junto con el Sacro Colegio por haber accedido a los deseos del Papa, le respondió con orgullo: **"Señor embajador, eximo a Su Excelencia de cualquier acto de gratitud, porque he sido el opositor a esta promoción" ([32]).**

Tras otras preguntas e intercambios de opiniones con el papa Pío IV, éste, aunque aceptaba las razones más que fundamentadas del cardenal Alesandrino, acabó irritándose con él y Ghislieri cayó en desgracia. Tuvo que donar sus aposentos al Quirinal y Pío IV ordenó que sus amplios poderes como Inquisidor fueran limitados.

Fue en estas circunstancias cuando el cardenal Alesandrino meditaba su regreso a la diócesis de Mondovì. Pero para él el tiempo de dejar Roma había pasado definitivamente, y la Divina Providencia ahora organizó las cosas para que nunca volviera a dejarla, ni siquiera cuando hubiera fallecido...

En la siguiente parte de este estudio sobre San Pío V hablaremos de los pontificados previos a él y al Concilio de Trento, el juicio al cardenal Morone, así como el cónclave que condujo a la elección de Ghislieri.

Notas

1) Cf. "*Ci rivedremo a Canossa… San Gregorio VII e la sua epoca*" en "*Sodalitium"* nº 31 pág. 3 y nº 32 pág. 3.

2) L. A. REDIGONDA O**.** P. *1216 1966 Secoli domenicani, Sintesi storica dei fratipredicatori,* Tamari editor en Bolonia, págs. 83-84.

3) Cf. "*Ci rivedremo a Canossa…*" segunda parte en "*Sodalitium*" nº 31 págs. 15 - 17.

4) L. A. REDIGONDA O. P**,** *op. cit.,* pág. 85-86.

5) I Cor. X, 12: "*El que está de pie, mire no caiga..."* Este hecho de la caída en el cisma y la herejía de un rey que antes era muy católico muestra

cómo el diablo hace uso incluso de una sola pasión que no está bien mortificada y ataca al hombre desde su punto débil, como señala San Ignacio en sus Ejercicios Espirituales en el nº 327, en la decimocuarta Regla dictaminó del discernimiento de los espíritus.

6) Hoy en día este pueblo se llama Bosco Marengo en "honor" de la famosa batalla de Napoleón que tuvo lugar cerca de él, cuando sería mucho más glorioso que se le llamara Bosco Pío V en honor a este gran papa piamontés... nota del autor. Quienes van a este pueblo, a 10 km de Alessandria, aún pueden visitar el lugar de nacimiento de San Pío V y el convento de S. Croce que, al convertirse en Papa, fundó en su ciudad para los religiosos de su orden.

Alessandria [nombrada en honor al Sumo Pontífice Alejandro III, jefe del partido güelfo] fue fundada en el siglo XII. en la época de los municipios libres, como baluarte contra el marqués de Monferrato, aliado con el emperador Federico Barbarroja quien, a pesar de un largo asedio, no logró conquistarla. Pocos años después de este asedio, Barbarroja sufrió la famosa derrota de Legnano a manos de las ciudades de la Liga Lombarda comandada por Alberto Da Giussano.

7) Este origen de la familia Ghislieri de Bolonia es cuestionado por Spreti, ya que no está documentado en su *"Enciclopedia storico-nobiliare italiana",* A. Forni Editore, Reimpresión de la edición milanesa de 1928-36, volumen III entrada Ghislieri.

Por otro lado, los siguientes autores confirman esta descendencia:

PAOLO ALESSANDRO MAFFEI, *Vita di S. Pió V Sommo Pontefice dell'ordine dei predicatori,* Giacomc Tommasini Venecia 1712: escrito con motivo de la canonización del santo.

CONDE DE FALLOUX, *Storia di S. Pio V Papa dell'ordine dei predicatori, ,* Tip. Arcivescovile Pogliani Milane 1873. Falloux, aunque es un autor bien documentado que cita abundantemente a otros autores, tenía una tendencia liberal e intenta presentar en su libro una imagen endulzada de San Pío V, de la cual, aunque a menudo le cito, creo que debo discrepar.

8) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.,* pág. 6.

9) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.,* pág. 7.

10) PIERRE TILLOY, *Saint Pie V. Un Pape pour notre temps*, Forts dans la Foi, pág. Art. 34.

11) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág.14. La celda ocupada por Ghislieri estaba cerca del de Santo Domingo, ambos son hoy santuarios igualmente venerables.

12) PIERRE TILLOY, *op. cit.*, pág. 35. A quienes le aconsejaron cambiarse de ropa para cruzar el país de los Grisones, Ghislieri respondió: "Acepté la muerte al mismo tiempo que acepté mi cargo, y nunca podría perder la vida en una ocasión más gloriosa" (cf. FALLOUX, pág. 22).

13) Junto a él, fueron creados cardenales Fisher y Pole, dos prelados ingleses despojados de sus residencias y perseguidos por el rey Enrique VIII debido a su resistencia a su cisma. El primero es un santo mártir (San Juan Fisher), el segundo, en cambio, formaba parte de la corriente del cardenal Morone, es decir, de los discípulos de Valdés, místico español con fuerte sospecha de herejía.

14) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 21.

15) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 24.

16) PIERRE TILLOY, *op. cit.*, págs. 37-38.

17) ABATE ROHRBACHER, *Storia universale della Chiesa Cattolica*, Marietti Torino 1865, vol. XIII, libro 86, página. 27.

18) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, págs. 25-26.

19) Esta es la dedicatoria de su obra "Biblioteca Sacra": "Es a ti, Santo Padre, que una vez, después de haberme llamado de vuelta del infierno y sacarme de la oscuridad del error, me iluminaste con la sincera luz de la Verdad, y que, habiéndome conducido a la observancia de una perfección sublime, dándome la librea de tu Orden Sagrada, tú mismo me lo has dado con tus propias manos, vestidos con tus ropas y adoptados como un hijo regenerado en el Señor... ». Cf. PIERRE TILLOY, *op. cit.*, pág. 40.

20) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, págs. 26-27. Sixto V, elevado en la jerarquía eclesiástica por el propio San Pío V, constituye, en este siglo, junto con él y Paulo IV, una línea ideal de continuidad de papas reformistas, fuertemente antiprotestantes y de formación "inquisitorial". Según un biógrafo de Sixto V, fue el propio Peretti quien llamó al Comisario de la Inquisición Ghislieri tras el sermón, porque temía una trampa. Ghislieri aprovechó esto

para asegurarse de la rectitud de la doctrina franciscana y exonerarle de cualquier sospecha infundada. Cf. ITALO DE FEO, *isto V un grande Papa tra Rinascimento e Barocco*, Mursia, Milán 1987.

21) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 32.

22) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 33.

23) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 34.

24) PIERRE TILLOY, *op. cit.*, págs. 43-44, quien a su vez cita a Joyau.

25) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 36. Esta carta puede encontrarse en casi todos los biógrafos de San Pío V (cf. TILLOY, pág. 45-46).

26) INNOCENZO GIUSEPPE VENCHI O.P., *San Pio V fede e coraggio*, edizioni San Sisto vecchio, Roma 1972, página. 64.

27) Cf. ROMANO CANOSA, *Storia dell'Inquisizione in Italia, Torino e Genova,* vol. III, Sapere 2000, 1988, págs. 30-31. No hace falta decir que al Papa no le gustó nada el acuerdo con los valdenses del 5 de junio de 1561.

28) I. G. VENCHI O.P., *op. cit.*, págs. 65-68.

29) Falloux menciona que el cardenal de Alessandria, dado que los límites de su nueva diócesis llegaban casi hasta Bosco, quería que su país estuviera bajo su autoridad. Fue en este periodo cuando se interesó por abrir aquí el convento de S. Croce para los religiosos de su Orden. Primero visitó Bosco y luego el convento de Vigevano, testigo de su primer fervor, y más tarde llegó hasta Milán, donde había sido invitado (probablemente por Borromeo) y donde fue elogiado por los magistrados de la ciudad.

30) CONDE DE FALLOUX, *op. cit.*, pág. 42.

31) CARD. GIORGIO GRENTE, *II Pontefice delle grandi battaglia San Pio V,* Edizioni Paoline Roma 1957, págs. 24 - 28.

32) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. cit.*, pág. 28 – 29.